



EMMA LIRA

# LA LUNA SOBRE ROMA



EMMA LIRA

LA LUNA SOBRE ROMA



© Emma Lira, 2024  
© Editorial Planeta, S.A., 2024  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 9.359-2024  
ISBN: 978-84-670-7169-6

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impresión: Rodesa, S. A.  
Impreso en España - *Printed in Spain*



PRIMERA PARTE

ALEJANDRÍA

# I

*Mes de sextilis*

*Año 22 del reinado de Cleopatra Thea Filopátor*

*Anno 723 ab Urbe condita (Año 30 a. C.)*

*Abrió los ojos con cautela. El último instante de su corta vida apareció nítido en su memoria y paladeó el gusto amargo del veneno en la lengua.*

*¿Había resucitado?*

*Parpadeó para acostumbrar sus ojos a la oscuridad, esperando descubrir, poco a poco, los contornos del mundo de los muertos. Palpó su cuerpo con la torpeza que da la inmovilidad y descubrió que todos sus miembros parecían estar su sitio. Le sorprendió no encontrarse envuelta en los vendajes ceremoniales, pero quizá estos se desprendieran al llegar a la otra vida. ¿Quién podía decirlo?*

*Sintió un regusto amargo a avellanas tostadas en la lengua, el sabor de una de aquellas sustancias de nombre impronunciable que su madre se había esforzado en estudiar y seleccionar. Notaba la boca seca y, en el estómago, un terror naciente a las criaturas de la oscuridad, pero se esforzó para no expresar miedo. La habían entrenado para no mostrarse nunca vulnerable; para no exponer sus emociones.*

*Esperó, sin saber cuál sería el siguiente paso, el juicio de los dioses; su veredicto cuando pesaran su alma, como le habían enseñado desde siempre, e intentó convencerse de que no podrían ser muy crueles con ella.*

*Al fin y al cabo, solo tenía diez años.*

*Estaba asustada, pero intentó erguir la barbilla en un gesto aprendido de majestad. Su madre estaría viéndola y deseaba mostrarse digna de ella. Ocultó la decepción que le producía no haberla encontrado reclinada a su lado, al despertar, esperando para recibirla. El dolor retenido le escoció en los ojos. ¡Había anhelado tanto ese momento! Verla de nuevo era una de las razones que le habían impulsado a tomar aquella decisión.*

*Murmuró una letanía tranquilizadora en un idioma oscuro, mucho más antiguo que su stirpe. A su alrededor, solo había un silencio absoluto y pesado que olía a arena caliente y a eternidad. En la estancia en penumbra, como en una caricia, el sol se filtraba por los cortinajes de lino blanco para reflejar cuadros volátiles de luz que danzaban en las paredes.*

*Eso fue lo primero que le hizo sospechar.*

*¿Luz? ¿Había luz, acaso, en el mundo de los muertos?*

*Intentó incorporarse, pero sentía la cabeza pesada, como si quisiera desprenderse de su cuerpo. Miró a su alrededor y notó los sentidos embotados. Los contornos eran borrosos y los sonidos acolchados, pero todo tenía un aire vagamente familiar. De hecho, el sitio en que yacía era sospechosamente parecido al lugar en el que se había acostado la noche anterior, cuando decidió dormir para siempre.*

*Su cama.*

*¿Fue ayer tan solo? No entendía nada. El tiempo y las imágenes bailaban, alocadas, en su mente. Cerró los ojos, tratando de pararlas, y notó, repentinamente, el dolor, un dolor atroz en la cabeza y las entrañas, como si una legión de demonios la arañara desde dentro, pugnando por salir.*

*Y entonces, todas las emociones dormidas volvieron de repente.*

*La realidad. Las noticias de la batalla perdida. La espera. El asedio. El rostro grave de sus hermanos mayores, preparándose para combatir. La huida; las muertes, una tras otra. Y el dolor. El dolor punzante de las ausencias. La de su padre, primero. La aún más angustiada de su madre, después. Y cuando parecía que nada peor podía suceder, la llegada de los soldados, sujetos apenas por las órdenes de su general, sabiéndose dueños de una plaza deseada. Y, por último, la separación. Se vio firmemente afe-*

*rrada por aquellas manos sucias, codiciosas y extrañas. Creyó oír aún el desgarrador llanto de su hermano pequeño, llamándola, mientras lo arrastraban por los corredores. Notó el dolor en la mejilla de la bofetada con que acallaban la violenta e inútil resistencia de su hermano mellizo, al defenderla. ¿Qué le habrían hecho? ¿Estaría vivo aún? Tenía que estarlo porque seguía sintiéndole aún a su lado, como a un miembro fantasma.*

*Comenzó a percibir todas las sensaciones. Sus sentidos parecían haber despertado. Entrevió siluetas borrosas que recorrían, apresuradas, su propia estancia; escuchó voces lejanas que no alcanzaba a interpretar y aspiró un aroma que le llenó los pulmones. Era un olor húmedo entre acre y dulzón; un olor que reconocería en cualquier lado: el olor a limo y fango del río.*

*El olor de la vida.*

*Así fue como se dio cuenta de que, pese a sus inútiles esfuerzos, no estaba muerta.*

*Y lloró. Un llanto mezcla de alivio y de decepción.*

*—¡Llamad al general! —tronó una voz masculina a su lado—. ¡La princesa ha despertado!*

*Tardó un poco en darse cuenta de que no podía ser uno de sus eunucos. Ni ellos ni sus maestros utilizarían jamás esa lengua tosca y vulgar. Su propio padre había usado el griego siempre para comunicarse con ellos. Examinó su entorno con una mirada de rencor. El grito había sido prácticamente ladrado en latín por uno de aquellos perros romanos que la vigilaban. En un rincón, Práxedes, su eunuco favorito, lloriqueaba en voz baja.*

*—Perdón, princesa... —tartamudeó suplicante.*

*Ella le taladró con la mirada.*

*—Haces bien... —murmuró la muchacha con ojos hirientes y voz ronca—. Haces bien en rogar mi perdón. Juraste que me matarías cuando te lo pidiera. Y yo juré que, si no lo hacías, te mataría yo.*

*La niña enjugó a manotazos sus propias lágrimas, tragándose su pretendida majestad; sintiéndose vulnerable y humillada ante la docena de ojos que la observaban.*

*—Princesa —murmuró el eunuco acercándose al lecho, de rodillas, arrastrándose, ante ella—, disculpadme. Tuvíamos que*

*hacerlo —sollozó—. Pero no fue por salvar nuestra mediocre existencia, sino vuestra vida eterna —explicó—. Nos amenazaron con no permitir los ritos del embalsamamiento. Con profanar vuestro cuerpo cortándolo en pedazos. Con echarlo a las carpas y a los cocodrilos... —Movi6 la cabeza hacia los lados, con desesperaci6n—. No pod6a... no pod6amos hacerlo. Jam6s habr6ais encontrado el camino al otro mundo.*

*La ni6a suspir6, agotada, rodeada de las miradas asustadas de sus siervos y las hostiles de sus guardias. Record6 la historia de Isis, que hab6a sido capaz de recoger los pedazos de su hermano y esposo Osiris para devolverle a la vida. ¿Qui6n sab6a? Quiz6 ella no mereciera tanto. Pr6xedes sollozaba, tratando de despertar su conmiseraci6n; esperando que ella le creyera. Y le cre6a, claro. ¿C6mo no iba a creerle? Desde la 6ltima inundaci6n, tres estaciones atr6s, cuando la flota romana de Octavio se hab6a alzado con una inexplicable victoria en el cabo de Actium, derrotando a las fuerzas conjuntas de sus padres, ella, mejor que nadie, sab6a de lo que aquellos usurpadores fr6os y met6dicos eran capaces.*

*Pase6 la mirada sobre ellos. All6 estaban, con gesto inmutable, embutidos en corazas, con sus rid6culos penachos rojos y sus faldas tableadas, formando en sus habitaciones privadas como en cualquiera de sus sucios campamentos, extendiendo su hedor, desde la blancura de su palacio, por toda Alejandr6a.*

*Los odiaba. Los odiaba con todas sus fuerzas. Y le parec6an pocas porque quer6a a6n odiarles m6s.*

*Un tableteo monocorde de sandalias sobre el suelo de m6rmol la sac6 de sus enso6aciones, anunci6ndole la presencia del comandante romano. Agripa, record6 que le llamaban los suyos. Sab6a perfectamente qui6n era. Agripa, le hab6a dicho con desd6n su medio hermano Antilo, era el esbirro que ganaba las batallas para que Octavio no tuviese siquiera que bajar de su caballo, que desembarcar de su nave, que moverse de Roma, que mancharse los pies de barro...*

*¡Antilo! ¡C6mo le echaba de menos! ¿Habr6a podido huir? Les rog6 a Isis, la compasiva, que le protegiera, y a Horus, el implacable, que guiara su mano para poder vengar la muerte de su padre.*

—*Vaya, princesa* —apreció con tono burlón una voz a su lado—, *me congratula saber que os han regresado al mundo de los vivos...*

Observó con rencor al recién llegado. Era alto, fuerte, de piel curtida, pelo oscuro y rostro impecablemente rasurado. Algo en él exhalaba la seguridad del que espera ser obedecido. No era tan mayor como esperaba, pero tenía los ojos duros de contemplar muertes y los brazos desnudos cosidos a cicatrices. Su sonrisa se le antojó cruel. *¿De verdad se alegraba de que estuviera viva? ¿Precisamente él, el asesino de sus padres?*

—*Y ahora que estáis de nuevo entre nosotros* —alegó, inclinándose sobre el lecho sin el más mínimo conocimiento del protocolo—, *¿os importaría colaborar para...?*

—*¡Atrás!*

La orden, tan amenazante como el siseo de una serpiente había salido de los labios de Calíope, su esclava favorita, la que llevaba el nombre de la musa de la poesía heroica y de la elocuencia. El resto de las doncellas se apresuró a cubrir las ropas de dormir de la princesa y a interponerse en el camino del general romano. El hombre pareció entre confuso y genuinamente divertido ante aquel atávico e inútil gesto de protección, pero ni siquiera él osó atravesar el etéreo cerco que componían aquellas mujeres. La niña observó su titubeo con desdén, sabiéndose, de algún modo, aún protegida. Poderosa, quizá. Casi sagrada.

—*¡Vaya!* —advirtió el romano, sorprendido ante la majestad de su mirada. Alzó las manos—. *No voy a haceros nada. No soy yo quien ha atentado contra vuestra vida, sino al revés; el que ha forzado a estos aprendices a arrancaros del Hades. Deberíais dar las gracias...* —apuntó. Y ante su silencio escupió resentido—: *O contestar, al menos, cuando un adulto os habla...*

La princesa lo contempló con calma, juzgándole en silencio como a lo que era, un idiota, hijo de un pueblo carente de reyes y dioses propios. *¿La trataba de verdad como a una niña? ¿A ella? ¿No sabía, quizá, que, muerta su madre, ella era ahora la única encarnación posible de la diosa? ¿Que, en ausencia de sus hermanos varones, ella era ahora la cabeza visible de un reino, pese*

*a todo, aliado de Roma? ¿Un reino al que sus sicarios trataban con los modales de un comerciante en el mercado?*

*—La princesa no habla con nadie inferior a ella en rango... —le desafió, con valentía, la joven Calíope.*

*Agripa le dirigió la misma mirada con la que habría obsequiado a un insecto molesto que revoloteara ante su rostro. La paseó luego, con indiferencia por la estancia.*

*—Quitadles cualquier tipo de armas, bebedizos e incluso prendedores de pelo o amuletos a esta pandilla de imbéciles supersticiosos —ordenó a sus esbirros y paseó una mirada desdeñosa por la estancia—. ¡Quién sabe lo que serán capaces de intentar! ¡No me fío de ninguno de ellos!*

*Los soldados procedieron sin torcer el gesto. Abrieron cajones, arrojaron vestiduras al suelo, barrieron de un manotazo los frascos de los tocadores y rompieron vasijas. Las esencias se derramaron, densas y aceitosas, sobre las losas de mármol y la mezcla de olores, penetrante y espesa, se esparció por la estancia. Las sandalias crepitaron sobre los trozos de vidrio. Las esclavas se arracimaron en el lecho, en torno a su dueña. Los eunucos se miraron asustados sin atreverse a intervenir. Los soldados les atrajeron a todos, sin miramientos, al centro de la estancia registrando sus ropas y palpando sus cuerpos a punta de espada. Las mujeres chillaron, sintiéndose humilladas.*

*—¡Colaborad de grado o a la fuerza! —exigió Agripa—. ¡Yo soy el responsable de que la princesa conserve la vida! César ya ha perdido un trofeo, pero —paseó su índice amenazante por la estancia, ante el tono quejumbroso de la servidumbre— seréis todos vosotros quienes perdáis la cabeza si osáis interferir en sus planes.*

*—¿César? —El grito despectivo salió desde el lecho, desde el que, como un rayo, la muchacha se incorporó, a medias—. ¿César? —Oír llamar así a ese engreído de Octavio, al enemigo declarado de su padre, le dolía mucho más de lo que deseaba confesarse. En un gesto completamente impropio de una niña, escupió al suelo, a los pies del general romano—. Solo hay un heredero de César y es mi hermano —silabeó desafiante. Alzó la cabeza—. Yo lo sé. Tú lo sabes. Y Octavio —paladeó con fruición sus propias palabras sin arredrarse— sabe que todos lo sabemos.*

*Agripa observó a la muchacha con interés renovado. Mantuvo el gesto contenido, los músculos tensos y la mano sobre el pomo de su gladius. La niña irguió la barbilla con firmeza, temblando por dentro. Aquel hombre podía matarla con un solo gesto, pero no le importaba. ¿No lo había perdido todo? ¿No era morir lo que buscaba, acaso? Y sin embargo aquella dureza en sus ojos la amedrantaba. Tenía la sensación de que no se conformaría con su muerte. Buscaba algo más humillante. Algo más duradero.*

*Y no se atrevía a preguntarse qué otro dolor podría aún sumarse al suyo.*

*—Vaya —se congratuló el romano, entre burlón y admirado por esa audacia suicida—. Ahora sí hablas. Veo que solo hay que encontrar un tema de conversación que despierte tu interés...*

*Agripa se acercó a su lecho mucho más de lo que exigía el respeto, pero ella no se movió. El hombre la escrutó, con una chispa de diversión en los ojos.*

*—¿Tus tutores no te ha enseñado que este no es el comportamiento más adecuado para una niña? —le advirtió, acercando su rostro en un gesto intimidatorio—. No sé si has heredado los modales tabernarios de tu padre o el carácter de la puta de tu madre...*

*Sin titubear ni un solo instante, y aprovechando la cercanía, la chiquilla abofeteó su mejilla afeitada. El golpe seco resonó, diáfano, en la estancia, por encima de los chillidos asombrados de las doncellas. Salvo por la sorpresa, Agripa no se inmutó. Aquellos brazos infantiles podían poco contra su imponente presencia. La niña trató de disimular el dolor, pero se frotó la palma de la mano; las puntas de los dedos, que se habían estrellado en la carrillera de su casco, estaban rojas.*

*La miró con cierta diversión. Algunos de sus hombres se habían frenado en el acto para observarle, expectantes. Otros no habían podido reprimir una risita, anticipando una reacción. Él no se rio, solo se acarició la zona golpeada. Casi con deleite.*

*—Empiezo a hacerme una idea de lo que vio Marco Antonio en tu madre, pequeña víbora —susurró con acento indescifrable.*

*La niña sintió el peso de sus ojos febriles y se encogió sobre sí misma, buscando, con los pies descalzos, un tibio consuelo entre la suavidad sus sábanas. Sus manos maniobraron entre su túnica*

y Agripa supo, instintivamente, que buscaba su cinturón, la hebilla que clavarle en los ojos si daba un paso más hacia ella. Cayó en la cuenta de que era la única a la que no habían registrado y sonrió impresionado, ávido de adrenalina. ¿Se atrevería aquella pequeña bastarda? Se acercó aún más a ella, provocador, inspirando ostentadamente su miedo y su sudor, pero alguien posó una mano en su poderoso brazo y se inclinó ante él, refrenándolo.

—Agripa...

El comandante no se volvió. La niña alzó su rostro para ver quién interfería en aquella escena que no era sino una lucha de poder. Le sorprendieron el acento cálido del soldado que había osado hablarle, la familiaridad que le mostraba y el color de su piel, tan bronceada como las de las gentes de su pueblo. Parecía sorprendentemente joven para permitirse esas libertades con su comandante.

—Agripa —le reconvinó con una suavidad que desmentía la tensión de su gesto—. No olvides que es la hija de un triunviro romano.

Agripa pareció salir de su ensoñación. Una inexplicable rabia tiñó su gesto contenido.

—Es la bastarda de un traidor —le corrigió, encendido.

—De un triunviro romano —insistió su subordinado, con el tono monocorde e hipnotizador con el que le hablaría a un caballo rebelde o a un enemigo armado—. De un triunviro romano y de una reina extranjera.

—Vencida —subrayó él, mascando las palabras.

—Vencida y muerta, pero una reina —continuó el joven, sin arredrarse—. Y Roma respeta el rango de sus enemigos —le repitió con un tono tajante—. Incluso vencidos. Incluso prisioneros —añadió. Un temblor imperceptible le afiló la voz—: Incluso muertos.

Agripa bajó la mirada como si saliera de un influjo. Se repuso, se apartó del lecho de la pequeña princesa egipcia y palmeó, agradecido, la espalda de su compañero, como si este le hubiera salvado de caer a un abismo. La respiración que había contenido regresó de nuevo a su pecho.

—¡Vigíladla! —ordenó a sus hombres—. Responderéis con vuestras vidas si algo le sucede.

*Fue a salir de la estancia, con pasos largos y amenazantes, seguido de su compañero, cuando se volvió hacia la muchacha, como si hubiera olvidado algo.*

*—Y tú da gracias, pequeña sierpe —le advirtió, señalándole con un dedo, como en una maldición—. Da gracias a todos tus dioses con cara de animal porque tus esclavos te hayan traicionado y porque César —pronunció con fruición— te permita salvar la vida. Aún no me explico por qué. Me imagino —señaló con una sonrisa turbia— que tiene planes para ti.*

*Se dio la vuelta y salió de la estancia. La puerta de madera se cerró con estrépito a su espalda. Tras su marcha, el cuerpo de la niña se dobló sobre sí mismo con desamparo, y lloró. Lloró como hacía días que no lloraba. Lloró deshecha en un llanto inexplicable, pues hubiera jurado que ya no le quedaban más lágrimas.*

*—Shhh, princesa —susurró a su lado Calíope, acariciando su pelo oscuro y aceitado de esencias—. No os harán nada. No se atreverán.*

*Las dos sabían que eso no era cierto. Que las tropas romanas patrullaban las calles paseándose por una ciudad que ya era suya. Qué quizá Octavio, aquel que se hacía llamar César, no se molestara en pedirles cuentas de sus actos. Y su llanto arreció, acuciado por el miedo, la tensión y el vacío. Por la pérdida y por el dolor; por el fin de una estirpe que moriría con ella; por los rostros helados de sus padres muertos, por la incertidumbre del paradero de sus hermanos y por aquel reino milenario que se desmoronaba, convirtiéndose, poco a poco, en barro, como las orillas del Nilo en época de crecidas.*

*Los eunucos miraron hacia otro lado. Las esclavas siguieron con sus tareas. Los hombres de Agripa se cuadraron, impasibles, ante su puerta. Nadie más se atrevió a consolarla. Los suyos, presintió la niña, temían ya más a la autoridad romana que a la ira de su legítima princesa.*

*Es así como se reconocen las derrotas.*

*Con un estremecimiento no pudo evitar preguntarse por qué el asesino de sus padres quería conservarla con vida.*

*Y si esa no era una razón suficiente para preferir estar muerta.*